



## Capítulo 290 - Ella cayó directamente en nuestra trampa.

Tras calmar a las dos criadas, Vergil finalmente se vistió. Una camisa oscura, ajustada al cuerpo, y pantalones ajustados, con un elegante cansancio aún visible en su forma de bajar la escalera principal.

En el salón, iluminado por la suave luz de la mañana que se filtraba a través de las vidrieras, vio a Novah... impecable como siempre, moviéndose con gracia de un lado a otro, sirviendo la mesa con movimientos que casi parecían coreografiados.

En la mesa larga y refinada, Raphaeline y Stella ocupaban un lado, envueltas en una suave conversación, probablemente discutiendo algo trivial.

Al otro lado, estaban sentadas Katharina, Ada y Roxanne, cada una con su propia elegancia. Katharina con su porte noble, Ada con ese aire desafiante de alguien dispuesto a pelear o coquetear, y Roxanne, siempre con su encanto sutil y distraído.

En el centro de la mesa, sentada con las piernas cruzadas y una expresión que mezclaba realeza y aburrimiento, estaba Zafiro. Su mirada se cruzó con la de él incluso antes de que él retirara la silla. Arqueó una ceja, como si ya lo evaluara todo... sobre él.

Vergil se sentó en el extremo opuesto de la mesa, justo frente a ella.

"Buahh..." Bostezó perezosamente, estirando los brazos con un suave ronroneo. "Hacía tiempo que no dormía tanto."





En ese momento, Novah se deslizó junto a él con una precisión impecable, colocando ante él un plato digno de un rey americano: huevos revueltos, tocino crujiente, panqueques apilados con almíbar goteando lentamente, acompañados de café caliente y jugo de naranja fresco.

—Servido, Maestro —dijo con una leve sonrisa antes de desaparecer como una sombra bien entrenada.

Vergil agarró los cubiertos, hizo girar el tenedor entre sus dedos y comentó con una sonrisa torcida en sus labios:

"Si cada vez que me despierto así recibo un banquete... quizás dormiré más a menudo."

Stella rió suavemente.

—Dudo mucho que las chicas te dejen dormir tanto, cariño.

La mirada de Sapphire no vaciló. Bebió su café lentamente, saboreando no solo el líquido, sino también cada reacción a su alrededor.

"Mmm..." El murmullo débil y prolongado provenía del sofá a la izquierda de la habitación. Como una nota disonante que rompía el cómodo silencio del pasillo, atrajo de inmediato la atención de todos.

El tintineo de los cubiertos cesó, las conversaciones murieron en sus gargantas y todas las miradas se volvieron hacia la fuente del sonido.

Allí, tumbada con el cuerpo medio envuelto en una manta mal colocada, se encontraba una nueva figura para las mujeres... Bueno, no tanto para Zafiro y





Virgilio... Zafiro llevaba una sonrisa de punta a punta al ver a su presa despertar.

¿La mujer? Kaguya.

Su cabello blanco despeinado caía sobre sus hombros, y sus ojos, todavía pesados y desenfocados, se abrieron lentamente como si el mundo que la rodeaba se revelara a través de una niebla.

El vestido que llevaba parecía puesto a toda prisa, apenas cubriendo lo necesario. Los tirantes estaban torcidos, uno de ellos casi se le caía del hombro, y debajo... nada.

No llevaba sostén, solo vendajes mal ajustados alrededor del abdomen y las costillas, que delataban lesiones recientes. Sus pechos subían y bajaban lentamente con cada respiración pesada, su piel pálida aún estaba marcada por moretones.



Parpadeó varias veces, sus ojos tratando de adaptarse a la luz del lugar... y entonces vio.

La mesa. Esa gente. Los rostros, las miradas.

Virgilio. Zafiro. Rafaelina. Catalina. Ada. Roxana. Estela. Incluso Iridia y Zex, bajando las escaleras... Todos observándola. Un salón refinado. Un ambiente confortable. Un lugar desconocido.

Su corazón dio un vuelco.



"¿Dónde estoy...?" murmuró, con la voz ronca y frágil, como si cada palabra le raspaba la garganta.

Vergil se llevó un tenedor a la boca, masticando despacio y tragando con calma antes de dejar los cubiertos en el plato. Se inclinó ligeramente en su silla, apoyando un brazo en el respaldo con la autoridad natural de quien no necesita alzar la voz para controlar la situación.

—Kaguya —dijo con la calma de quien marca el ritmo—. Ven. Siéntate. Tenemos que hablar.

Dudó un momento, escudriñando a cada persona allí. No había rostros familiares, ningún lugar conocido, salvo Vergil y Zafiro. Pero había algo en Vergil... no seguridad, sino certeza. Una fuerza silenciosa que la atraía como un imán. Algo que le decía: «Más te vale obedecer».

A medio tropezar, se levantó. El vestido se deslizó aún más hacia abajo, y Kaguya intentó subirlo torpemente, cubriéndose instintivamente. Incluso herida, había dignidad en ella. Atravesó el pasillo como una bestia acorralada, pero aún orgullosa.

Llegó a la mesa y se paró junto a Vergil, vacilante. Él apartó la silla con el pie, un gesto simple pero claro.

"Sentarse."

Se sentó lentamente. Lo miró. Luego a Sapphire, que bebía su café como si fuera una mañana cualquiera.

—Bueno, entonces —dijo Vergil con una sonrisa tranquila, casi amable, un marcado contraste con la tensión palpable en el aire.





"Novah", llamó sin apartar la vista de Kaguya, "tráeme un vaso".

La doncella de cabellos dorados hizo una leve reverencia y se marchó en silencio, regresando segundos después con una copa de cristal de intrincada factura, fina y refinada, digna de un banquete real. Se la entregó a Virgilio con la misma delicadeza con la que se ofrecería una reliquia sagrada.

Lo sostuvo suavemente, haciéndolo girar entre sus dedos por un momento como si contemplara algo... luego llevó su muñeca izquierda al borde del vaso.

Sin ceremonia, sus dedos se cerraron lentamente, y garras demoníacas reemplazaron sus uñas. Con un movimiento rápido y limpio, se cortó la piel. La sangre brotó a borbotones.

Carmesí y densa, su esencia caía en suaves hilos sobre el cristal. Cada gota resonaba con poder: cálida, vibrante, viva. El aroma metálico llenaba el aire, pero se mezclaba con algo más... algo antiguo y adictivo, haciendo que los ojos de Kaguya se abrieran lentamente, sus instintos respondiendo antes que su mente.



Vergil llenó el vaso hasta la mitad y entonces, con un ligero temblor de energía, activó su poder demoníaco. Llamas negras, como sombras líquidas, recorrieron sus brazos, y en un abrir y cerrar de ojos, la herida sanó, como si nunca hubiera existido.

Él le extendió el vaso.

—Toma —dijo en voz baja y firme, con la mirada fija en ella—. Tómala. Eres un vampiro... sabes que no puedes vivir de comida humana.



Kaguya dudó, con la mirada fija en el vaso que parecía emanar calor, deseo y.... salvación. La sed le quemaba la garganta como brasas. Sus dedos temblorosos rodearon el borde del vaso al tomarlo de sus manos.

Vergil se reclinó en la silla con una leve sonrisa.

"Come primero", dijo. "Luego... hablamos".

Kaguya se llevó el vaso a los labios.

En cuanto el líquido tocó su boca, todo su cuerpo se estremeció. Fue como tragar poder líquido, como hundir los dientes en el pecado mismo y alimentarse de la esencia de un ser mucho más allá de la comprensión humana.

Y Vergil la observaba... como si alimentara a una bestia. Como si devolviera algo perdido, pero no sin cobrarlo después.

"Buena chica...", murmuró Vergil con una suave sonrisa, acariciando el cabello despeinado de Kaguya, como si acariciara a una bestia a punto de despertar. Su tacto era sorprendentemente suave... casi cariñoso.

Pero entonces soltó la bomba.

"Ahora ella es toda tuya, Zafiro."

Kaguya se congeló.

Sus ojos se abrieron de par en par y giró la cara hacia él, completamente confundida. "¿Q-qué quieres decir...?"





Vergil, impasible, simplemente volvió a comer, como si hubiera pasado el testigo a otro depredador y el destino del joven vampiro ya estuviera sellado.

Zafiro rió. Una risa melódica, casi inocente... pero había algo cruel, algo cortante en ese sonido.

"Oh, no es gran cosa, relájate", dijo, reclinándose en su silla con aire juguetón.  
"Solo queremos... confirmar una cosita".

Kaguya tragó saliva con fuerza, sus instintos le gritaban que corriera, aunque ya no le quedaban fuerzas. Pero entonces Zafiro la miró fijamente.

"¿Cómo te sentiste al ser traicionado?" La sonrisa se ensanchó. "Tal como te dijimos."

Las palabras la golpearon como cuchillos.

Y entonces... llegaron los destellos.

La guerra.

La confusión.

La sangre.

Ese bastardo corriendo.





Huyendo.

Su mirada cuando la dejó atrás... como si ella no valiera nada.

Como si fuera...desechable.

Los ojos de Kaguya ardían de furia, sus músculos tensos como cuerdas a punto de romperse. Apretó los puños.

CHOCAR.

El cristal se hizo añicos entre sus dedos con un crujido seco y agudo. Los fragmentos se incrustaron en su mano, mezclando su sangre con la de Vergil: un rojo brillante que goteaba por sus brazos, manchando el vestido claro como una advertencia.



Se hizo el silencio por un momento. Tenso. Pesado.

Vergil la miró... y sonrió. Una sonrisa tranquila y calculada... como si todo estuviera saliendo exactamente como se esperaba.

"Tranquila", dijo, levantando la mano y tirando suavemente de los fragmentos incrustados en sus dedos, como quien retira con cuidado flores venenosas. La sangre seguía fluyendo.

Y entonces, sin más ceremonia, levantó el brazo, dejando al descubierto la vena gruesa y palpitante de su antebrazo. Su mirada se cruzó con la de ella: feroz, devastada, pero hambrienta.

"Estás demasiado débil para curarte por tu cuenta. Bebe."





Kaguya dudó. No por orgullo... sino por lo que significaba aceptar.

Bebiendo su sangre. Del mismísimo diablo, disfrazado de hombre. El depredador que la salvó... y la marcó.

Se mordió el labio, su respiración temblaba... y se acercó.

Mientras ella chupaba su sangre... Katharina, Ada y Roxanne suspiraron juntas y murmuraron... "Lo ha vuelto a hacer..."

Zafiro le lanzó una mirada a Vergil. Una mirada cargada de malicia, que casi susurró en silencio: «Cayó en nuestra trampa».

¿El plan, preguntas?

Simple... brillantemente cruel.

Nunca quisieron a Alucard. Solo era ruido. Un viejo rey, sediento de gloria, creyendo poder resistir a un mundo que lo superaba. No. Nunca desperdiciarían sus fuerzas enfrentándose a la espada de un enemigo en su mano más firme. Eso sería un suicidio.

Entonces... llegó el Plan B. Más sutil. Más efectivo.

Tomátela

La secretaria. La sombra que todo lo veía y oía. La mujer que estaba junto al trono, pero nunca en él. La que fue usada... y descartada.





Ahora tenían exactamente lo que necesitaban.

Una fuente viva de información confidencial. Una mujer con recuerdos demasiado valiosos para perderlos. Y, sobre todo...

Alguien roto. Alguien enojado. Alguien hambriento de venganza.

Porque la desesperación... ah, la desesperación crea herramientas maravillosas.

Y una mujer traicionada... Privada de amor, de honor y de patria...

Ella no piensa. Ella no duda. Ella destruye.

Y ellos lo sabían.

Desde la primera mirada. Desde la primera palabra. Desde el momento en que la levantaron del suelo. Desde cuando... la miró fijamente... Su destino estaba sellado.

